



Sueños de un Capibara



Alejandro Pérez Rivera





Sueños de un Capibara

23 de julio de 2025

Alejandro Pérez Rivera

*Para: Alonaltzin, Emely Espinoza, Anastasia,
Aryna, Doris, Yolanda, la Flor del
Principito, o cual quiera que sea tu nombre.*

*Sueños de un
Capibara*



Era un escritor de cuentos quién solamente fue culpable de haberse enamorado de la persona equivocada.

Escribitor De Cuentos

Era el clásico escritor de cuentos. Un alma hilando palabras como quien remienda sueños: una aquí, otra allá, algunas mal elegidas, otras completamente inventadas. Historias que a veces se torcían en el camino, que no siempre llegaban a puerto... pero que llevaban su firma, la del que intenta, la del que no se rinde.

No tenía grandes secretos. Solo un deseo simple y humano: quería escribir para poder decir lo que de otra manera no le era posible y quizá para ganar el corazón del ser amado.

Aquella noche el sueño no lo visitó. Había prometido un regalo único, algo que no pudiera encontrarse en tiendas ni replicarse en vitrinas. Algo que hablara desde el alma y llegara directo al alma.

Pensó. Pensó más. Ya no eran suficientes las flores amarillas ni los aretes ni los colgantes. Esta vez debía ser distinto. Inolvidable. Auténtico.

Pero su imaginación... ah, su imaginación siempre había estado enferma. Desde pequeño, si la memoria no mentía. ¿Cómo escribir sin esa chispa divina? ¿Cómo inspirar a otros si ni siquiera podía encender una luz dentro de sí? Mucho menos ahora, cuando el desafío era conmover el corazón de alguien con una historia, con una emoción.

Solo le quedaba zurrir retazos de cuentos que ya existían, intentar que sonaran nuevos aunque nacieran de ecos ajenos. Pero nada brotaba. Su mente era un desierto en plena noche.

—No es lo mismo escribirle a un gato que a una amada —se repetía, entre frustración y ternura.

El calendario apretaba: meta el 23. La cuenta regresiva no se detenía. Martes... luego miércoles... y seguía sin una sola idea que pudiera brillar.

Un viaje, una joya, un poema, una flor... Demasiado vistos. ¿Qué podía regalar que fuera solo suyo? ¿Qué podía ofrecer que nadie más pudiera dar?

Entonces, como si una estrella fugaz cruzara su pecho, lo comprendió.

—¡Ya sé! —exclamó, con los ojos encendidos por dentro—. ¡Lo tengo! Sé lo que debo regalar.

No sería algo comprado ni algo prestado. Sería él mismo. Su voz, sus palabras, su intento imperfecto pero verdadero. Algo que nadie más podría ofrecer, porque solo nacía en su interior. Algo que nadie jamás podría arrebatarse, porque llevaba el alma adentro.

Sonrió. Por fin sonrió.

Y en ese instante, sin saberlo, ya había comenzado el cuento más bello de todos.





*Fue su primer viaje en mariposa hacia una
playa cerca del mariposipuerto de Acapulco*

Viaje en Mariposa

Hay decisiones que parecen pequeñas desde fuera, pero que por dentro mueven mundos enteros. Viajar por primera vez en mariposa es una de ellas. No es un viaje cualquiera; es una osadía del alma, un salto sin red hacia lo desconocido, donde lo único que existe es el pasajero... y la mariposa.

Siempre es así: el primer vuelo tiembla en el pecho, tanto para quien lo emprende como para quien guía. Los nervios se asoman sin pedir permiso, como si el cuerpo supiera que está a punto de ser testigo de algo que no se olvida jamás. Volar en mariposa es entregarse por

completo al instante, dejar atrás el ruido, la lógica, los temores, y sentir que el cielo se abre solo para ti.

Ella lo supo. Lo vivió. Pero no podía contarlo. No porque no quisiera, sino porque las vivencias más profundas a veces se quedan sin palabras, se resguardan en el rincón más secreto del ser. Su viaje era suyo, tan íntimo como un susurro, tan inmenso como el cielo que cruzó.

Y sin embargo, deseaba compartirlo. Quería que otros lo supieran, aunque no a través de su voz. Así que buscó al escritor de cuentos, al tejedor de memorias ajenas. Le pidió lo imposible:

—Cuenta como si fueras tú la mariposa —le dijo—. Narra sin que sepan que fui yo quien voló. Di lo que aún no puedo decir.

Y el escritor, con delicadeza, escribió:

“Parecía un reto, uno de esos que el alma lanza cuando quiere crecer. Viajar en mariposa... quién lo diría. La promesa estaba hecha y los días contados.

Fue en diciembre, si la memoria no falla, un diciembre antiguo, de los que llegan con olor a fuego lento y esperanza nueva. Nadie lo esperaba. Ni siquiera ella creía que se atrevería. Pero lo hizo.

Una tarde cualquiera, con el sol acariciando los bordes del día, subió a una mariposa. Y voló.

El cielo estaba más luminoso que nunca, como si también supiera que algo sagrado ocurría.

En menos de un día, la promesa se cumplió.

Vuelo redondo. México - Playa – México.

Una historia que no necesita contarse en voz alta para cambiarlo todo.

Una historia *incontada*.”





Solo sabía que lo sabía todo

El Capibara que lo sabía todo

—La Luna es de queso —solía decir con una sonrisa luminosa.

Y todos reían. Reían de sus palabras, de su forma de mirar el mundo, de sus verdades imposibles.

Pero él lo sabía. Lo sabía con la certeza que solo tienen los corazones que aún conservan algo de infancia.

La Luna era de queso. Y eso bastaba.

Una noche, como en un guiño cósmico, un pequeño trozo de queso lunar cayó en un sendero olvidado del bosque. Un ratón nocturno lo olfateó con sospecha, se acercó con cautela... y dio un mordisco.

—¡Sabrosísimo! —exclamó en voz baja, mientras las estrellas, cómplices, titilaban de alegría.

Desde lejos, el Capibara que todo lo sabía lo observó en silencio. Sonrió con ternura.

—Se los dije... pero nadie me creyó —murmuró, y siguió su camino, como quien ha visto cumplida una profecía.

La noche siguiente, la Luna apareció con una pequeña mordida. Un hueco brillante como un guiño entre nubes. Pero nadie la miró.

—Ya casi nadie alza la vista al cielo —pensó el Capibara—. Si una estrella cayera, dudo que alguien la notara.

Era un alma solitaria. Pocos en el bosque respondían a su saludo.

“Uno, dos, tres... caminar al revés. Uno, dos, tres... respirar otra vez”, murmuraba como si cantara un hechizo olvidado.

—Un poco loco, pero inofensivo —decían los demás, sin malicia, pero también sin comprensión.

—Mañana lloverán copos de nieve —anunció un día.

Y al amanecer, el bosque amaneció blanco, cubierto de suaves copos. Pero nadie recordó sus palabras.

Sabía tantas cosas... o al menos, él creía que las sabía.

—Yo sé cantar —le dijo una vez a un pájaro.

—Pi, pi, pi —respondió el ave, divertido—. Los capibaras no cantan.

Y él calló. Pero por dentro, cantó.

—He viajado a otro planeta —contaba a quien quisiera oírlo—. He subido a montañas imposibles. He oído cantar a una sirena.

Y todos asentían con sonrisas que ocultaban su incredulidad.

—He visto un *Perti* —insistía.

—Los *Pertis* no existen —le respondían, como si con eso sellaran la verdad.

Llegó el primer día de primavera. Subió a lo alto de un árbol y, con voz suave, anunció:

—Mañana voy a volar.

Nadie escuchó. Nadie quiso escuchar.

Solo un gato lo oyó desde la sombra.

—Enloqueciste —murmuró para sí. Luego lo gritó con desdén:

—¡Enloqueciste!

Pero al alba siguiente, el Capibara que todo lo sabía se levantó temprano.

Caminó entre cocodrilos, serpientes y escorpiones. Nadie lo detuvo.

—Déjelo, es inofensivo —dijeron sin siquiera mirarlo.

Y entonces, con la serenidad de quien no necesita demostrar nada, se estiró suavemente.

Hizo unos ejercicios de calentamiento, como si su cuerpo recordara algo ancestral.

Tomó impulso...

y voló.

Voló por todo el valle.

Se acercó a las montañas.

Acarició la copa de los árboles.

Planeó sobre el bosque como una pluma que baila con el viento.

Desde abajo lo miraron. Incrédulos.

Lo vieron volar.

Y aún así, dijeron:

—¡Qué tonto! Los capibaras no vuelan.

Y siguieron su camino.

Sin saber que acababan de presenciar un milagro.





*Tenía tantos amigos que había olvidado a
la estrella en forma de conejo*

El León y las Estrellas

—¿Qué es lo que buscas por las noches? —
preguntó la lechuza con voz sorprendida, como si hubiera
descubierto un secreto alado.

—Nada —respondió el león, sin apartar la vista del
cielo.

La lechuza, posada entre ramas altas y sabias,
ladeó la cabeza con curiosidad.

—Te veo venir cada noche —dijo con un tono suave, casi como un canto nocturno—. Siempre al mismo lugar, a mirar las estrellas como si buscaras algo. Tú eres el rey de la selva, tu luz domina el día; todos te admiran, todos te siguen, como debe ser. Pero por las noches... por las noches hay algo distinto en ti. Yo conozco esas miradas, esos silencios. Tú estás buscando algo.

—Nada —repitió el león, casi en un suspiro. —No busco nada.

Pero no era verdad. Y lo sabía. Nunca había sido bueno mintiendo. Cuando lo hacía, se notaba. Se le quebraban los ojos, se le desordenaba el alma.

“Uno miente para evitar conflictos”, solía decirse a sí mismo, como si esa frase pudiera calmar la inquietud que lo habitaba.

Y sin embargo, cada noche acudía al mismo claro del bosque. Se tumbaba en silencio, con la cabeza en alto, los ojos clavados en el infinito. Contaba las estrellas como si entre ellas hubiese perdido algo irremplazable. Porque en realidad, buscaba una en particular: **La Estrella en Forma de Conejo.**

—¿Será cierto... que los conejos se vuelven estrellas cuando mueren? —se preguntaba en voz baja, en un susurro que ni el viento podía oír. No era una pregunta para los demás. Era una pregunta para seguir respirando.

—Yo puedo ayudarte a encontrarla —dijo una voz, baja pero firme, justo junto a sus patas.

El león bajó la mirada, desconcertado. Un escorpión, pequeño y seguro de sí, lo observaba sin miedo.

—¿De qué hablas? —preguntó el león con recelo.

—Tú lo sabes bien —repitió el escorpión con una sonrisa apenas insinuada—. Tú sabes exactamente de qué hablo.

Molesto por la certeza con la que hablaba aquel diminuto ser, el león gruñó con orgullo herido:

—Tú no sabes nada. No eres más que un bicho de campo.

—Seré un bicho como dices —respondió el escorpión, imperturbable—. Pero sé lo que buscas. — Me lo dijo un capibara que todo lo sabe.

Buscas a la **estrella en forma de conejo**. ¿O me equivoco?

El león sintió cómo algo en su pecho se estremecía. No por las palabras, sino porque dolía que alguien hubiera visto lo que él mismo apenas se atrevía a admitir.

—Tú no sabes nada de mí —repitió, esta vez con la voz algo más baja, como si dudara—. No me conoces. No quiero escucharte. Me voy. Eres solo un bicho — Volvió a decir.

Y con dignidad, con la misma dignidad con la que reina el día, el león dio la vuelta y se alejó. Pero mientras se internaba entre los árboles, aún alcanzó a oír la voz del escorpión, lejana pero clara:

—Cuando quieras encontrarla... solo llámame, y vendré.

El león no respondió. Caminó hasta perder la figura entre sombras suaves, como si el bosque también lo abrazara en su soledad.

—No sabe nada. Nadie sabe lo que me pasa —se dijo, intentando convencerse una vez más.

Pero en lo profundo, muy en lo profundo, sabía que el escorpión tenía razón.

Y así, esa noche, el león dejó pasar la oportunidad de encontrar la estrella en forma de conejo.





Dichoso aquél que encuentra un Perti en su camino, pero más dichoso el que no lo sigue.

El Perti y el Conejo

—He oído hablar mucho de ti —dijo el conejo, alzando la mirada con curiosidad y una chispa de osadía.

Delante de él, suspendido en el aire como si flotara en un pensamiento, estaba un *Perti*. Lejano, extraño, brillante como el eco de un sueño.

El conejo agitó las orejas, inseguro de si aquello era real o solo fruto de alguna ilusión escondida entre las estrellas.

—¡Ey! ¡Tú! ¡Sí, tú, cosa voladora! —gritó con entusiasmo, sin importar si lo escuchaban las ramas o el viento.

Y aunque nadie lo creería jamás, el *Perti* sonrió.

O al menos, eso pareció.

—Es obvio que los *Pertis* no sonríen —se dijo el conejo, intentando convencerse de que la magia no acababa de ocurrir frente a él.

—Llévame a volar contigo —pidió de pronto, con la inocencia valiente que sólo tienen aquellos que todavía creen en lo imposible—. Llévame... al infinito.

Pero antes de que el *Perti* pudiera responder, una voz suave, como salida del musgo o del recuerdo, se escuchó a su espalda.

—Eres un conejo. Sé un conejo.

El conejo giró, confundido.

La voz provenía del capibara. Un capibara sereno, sabio, tal vez sí o tal vez no.

Cuando volvió la vista al cielo... el *Perti* ya no estaba.

Nunca más supo de él. Nunca más volvió a verlo flotar en la penumbra ni a sentir la promesa del vuelo.

Y entonces, como suele suceder en estos casos, se dedicó a ser lo que el mundo esperaba de él.

Se dedicó, simplemente, a ser un conejo.

Desde la distancia, el capibara observó en silencio. Tal vez con cierta alegría, con una sonrisa como quien ha visto muchas veces cómo la magia se disuelve en la costumbre.

—Los conejos sí me escuchan —pensó.

Y añadió, en voz apenas audible:

—La vida... es así.





Algunos escorpiones muerden...

Otros... pican.

El León y las Estrellas

Parte 2

El León siguió con su vida como siempre. Reinando. Recibiendo las ofrendas de los habitantes del bosque. Aceptando el respeto y la admiración que lo envolvían como una capa invisible.

Todo estaba en su lugar. Todo, aparentemente, era como debía ser.

Pero dentro de él, los pensamientos ya no caminaban en línea recta. Algo se había torcido, como si una sombra minúscula se hubiese colado entre sus certezas.

El escorpión...

Ese diminuto bicho le había dejado una duda que no sabía cómo desalojar.

—Los escorpiones no son de fiar —se repetía, como queriendo cerrar una puerta que seguía entreabierta—.

Dicen tantas cosas de ellos... hay que tener cuidado con tener relación alguna.

Y sin embargo, los días pasaban... y la inquietud no lo soltaba. Pensaba y pensaba. Hasta que un día, vencido por la inquietud, ordenó enviar a buscarlo.

—El Rey desea verte —dijo solemnemente su emisario.

—Mañana iré a su casa —respondió el escorpión sin levantar la mirada.

—No, no —interrumpió el enviado—. A su casa nadie puede entrar. Está prohibido para cualquier habitante del bosque.

El escorpión apenas sonrió.

—A mí sí me dejará entrar. Algún día. No hoy quizás. Pero lo hará. Lo sé... me lo dijo el capibara.

El enviado lo miró con incredulidad.

—Está bien —dijo por fin—. ¿Dónde quiere verme?

—Al anochecer —respondió al escorpión, mientras ya se alejaba—. Tú ya sabes dónde.

Y así fue.

La noche llegó, vestida de brisa y promesa. El escorpión ya estaba allí. Esperaba, paciente, bajo el cielo que comenzaba a poblarse de luces antiguas.

El León tardó. Por supuesto.

Un rey no llega antes que sus súbditos.

Cuando por fin apareció, la noche ya estaba en su esplendor. Las estrellas titilaban como si contuvieran la respiración.

—Aquí estoy —dijo el León, con la voz del que quiere creer pero teme hacerlo—. Veamos si es cierto lo que dices.

—Ayudarte no es sencillo —respondió el escorpión—, pero con gusto lo haré.

El León lo observó en silencio.

—Déjame acercarme. Te lo diré al oído —susurró el bicho.

Sin esperar respuesta, el escorpión trepó por su cuerpo, se enredó entre los mechones dorados de su melena y llegó hasta su oído. Ese oído que había esperado toda su vida oír una sola cosa:

La verdad sobre **la estrella en forma de conejo**.

—Te llevaré a donde él está —dijo el escorpión.

Y fue lo último que el León escuchó.

Un dolor punzante estalló en su oído izquierdo. Un rugido de fuego le brotó del pecho, y su eco recorrió el bosque entero.

Cada criatura del lugar lo escuchó.
Todos supieron que algo había cambiado.

El León cayó.

Y luego... el dolor desapareció.

Cuando abrió los ojos, ya no era la tierra lo que lo rodeaba. Estaba en un espacio tejido de estrellas. No caminaba: flotaba, como flotan las almas cuando por fin sueltan el peso del cuerpo.

Las estrellas lo rodeaban con dulzura. Como si supieran quién era, como si lo hubieran estado esperando desde hacía siglos.

Y entonces, desde algún rincón de ese cielo eterno, escuchó una voz. Una voz que conocía. Una voz que había amado. Una voz que le regaló, una vez más, la felicidad de la memoria.

Desde aquel día, dicen los antiguos, apareció una constelación nueva en el cielo. Una constelación en forma de león.

Y muy cerca, titilando como un susurro eterno, sigue la que todos llaman:

La estrella en forma de conejo.



*Se dice que aún hay quien extraña
al gato Bob.*

Gatón y Gatteto

—Miau —dijo Gatón, con la voz suave de quien abre un recuerdo.

—Miaurr —respondió Gatteto, como quien lo entiende todo... sin necesidad de preguntar.

Y fue suficiente.



Hay niveles. -Dijo ella.

La Zapatilla y el Huarache

—No estás a mi nivel —dijo la zapatilla con voz firme, aunque no del todo segura.

—¿Por qué? —preguntó el huarache, sin enojo, solo con la ingenuidad del que aún cree en los encuentros imposibles.

—Somos diferentes —respondió ella, mirando hacia otro lado—. No nos vemos parejos. Zapatillas con zapatillas, huaraches con huaraches.

El huarache guardó silencio.

—Vete a chillar a otro lado —alcanzó a oír, como un eco que ya no sabía si venía de ella... o de lo que se rompía por dentro.

Solo, sin par, sin equilibrio, el huarache intentó avanzar por el cálido asfalto de la carretera. Cada paso era una pequeña renuncia.

La zapatilla lo observó alejarse, inmóvil. No sin cierta pena.

—Hay niveles —susurró, como si se lo dijera a sí misma.

Quiso marcharse también. Pero no pudo.

Tampoco ella tenía con quién apoyarse.







*No te metas con una bruja, sobre
todo si es aprendiz.*

La Aprendiz de Bruja

—¡Te echaré un hechizo! ¡Te mandaré directo al viento! —gritó con voz grave, apuntando ferozmente con una ramita a... una piedra.

Sí, una piedra.

Era su víctima número uno del día. Una piedra que tenía la osadía de bloquear su paso. Y ella, claro, estaba ensayando para cuando fuera **una bruja de verdad**, de las que enseñan en las escuelas serias, esas con escobas profesionales y sombreros puntiagudos reglamentarios.

—¡Hazte a un lado, criatura del polvo! —dijo, y agitó su varita (bueno, ramita) con un ademán muy dramático digno de una bruja de libro ilustrado.

La piedra, como buena piedra que era, no se movió ni un milímetro.

—¡Te lo buscaste! —exclamó, y con la dignidad de una hechicera consagrada... le dio una patada que la sacó volando del camino.

Se acomodó el cabello, se sacudió las manos y murmuró con orgullo:

—Si no entienden por las buenas... ¡hay que enseñarles por las malas!

Y así, con la frente en alto y la autoestima por las nubes, siguió caminando.

La aprendiz tenía apenas **seis años y piquito**, pero ya sabía con certeza absoluta que su futuro estaba en el arte de los hechizos y las travesuras mágicas.

En eso estaba cuando una mosca, con el descaro más grande del reino animal, comenzó a zumbarle alrededor de la cabeza como si fuera dueña del aire.

—¡Déjame en paz, insecto volador! —gritó, agitando su varita como una señal de advertencia—. ¡Ya viste lo que le pasó a la piedra por desobedecerme!

Pero la mosca, rebelde y sinvergüenza, parecía divertirse bastante.

—¡Te advierto! ¡Te convertiré en algo feo, feo, feo... como... como un calcetín mojado! —amenazó.

La mosca seguía. Ella insistía. Y justo cuando el hechizo imaginario estaba por caer...
¡PRAAAAK!

Una rana, espectadora de primera fila desde su charco, sacó su lengua y... ¡se comió a la mosca!

La niña parpadeó. Sonrió. Asintió muy seria.

—Te lo advertí —le dijo a la rana, con la autoridad de una bruja veterana—. Ahora serás rana por el resto de tus días. Eso le pasa a quien se mete conmigo.

Y siguió su camino, satisfecha con el destino de sus hechizos.

Así, uno a uno, iba probando sus poderes. Piedras. Moscas. ¡Y hasta un caracol que la miró raro!

Cuando llegó a casa, con su canastita de setas recién recolectadas del campo húmedo, gritó con entusiasmo:

—¡Mamá, mamá! ¡He hecho tantos hechizos hoy! ¡Y todos han funcionado de maravilla!

Su madre, que ya conocía muy bien esa carita llena de historias, sonrió con ternura.

—Serás una gran bruja, mi amor... pero mientras eso sucede, ven a comerte tu sopa.

Y la aprendiz de bruja, poderosa, invencible, se sentó a la mesa... con su varita apoyada al lado del plato.

Por si las moscas.







XI · V

Once veces cinco.

Magia



CENTRO DE
REHABILITACION
ADICTOS A
LA VIDA A C

Él finalmente se armó de valor y dijo: - Me voy!

Adicción a la Vida

—¿Es adicta al voleibol?

—No.

—¿A la sopa de tofu?

—No.

—¿A las reuniones sociales?

—No.

—¿Sueña con monstruos o fantasmas?

—No.

- ¿La salud le importa?
—No.
—¿Come cereal con panditas?
—No.
—¿Todo no?
—No.
—¿Cuál es su nombre?
—No.
—¿No qué?

La mujer suspiró. Estaba harta.

—No voy a contestar todas estas preguntas absurdas. Solo vine a visitar a alguien.

En ese instante, apareció un hombre con bata blanca, sonrisa tranquila y voz de quien ha aprendido a tratar con realidades suaves.

—Disculpe el inconveniente —dijo inclinando la cabeza—. Ella se cree doctora... y recepcionista también. Le he pedido que vaya un rato al jardín. Allá, las flores la necesitan más.

—Gracias —respondió la mujer—. No sabía qué estaba pasando. Busco a mi amigo Arti.

—¿Arti Conejo? ¿El que se cree un conejo?

—Sí. Ese mismo.

—¿Cuál es su nombre?

—Anastasia —dijo, seria.

El hombre murmuró casi para sí:

—¿Hoy es Anastasia?

—¿A qué se refiere?

—Nada —sonrió con nostalgia—. Me recordaste a otra persona.

—¿Desde cuándo conoce a Arti Conejo? —preguntó él.

—Uh... unos 35 años, tal vez más —suspiró, y su voz se llenó de tiempo.

—¿Lo conoce bien?

—No mucho. Pero eso no importa.

—Venga, acompáñeme al jardín. Arti está ahí, como todos los días.

Cruzaron los pasillos en silencio, hasta que ella señaló con asombro:

—¡Ese es un conejo!

—Exacto. Arti Conejo... es un conejo.

—¿Me están tomando el pelo?

El hombre la miró con dulzura.

—¿Sabes quién eres tú?

—Soy Aryna, ya te lo había dicho.

Él sonrió como si escuchara una canción conocida.

—Tu nombre es Doris.

—¿Doris? ¿Como la pescada?

Ambos rieron.

—Sí... como la pescada.

—¿Qué? ¿Qué está pasando?

—Aquí vamos de nuevo —dijo él con calma.

—¿Dónde estoy?

—Estás en el Centro de Rehabilitación para Adictos a la Vida, A.C.

Ella quedó en silencio. Algo se movió en su pecho.

—Y tú eres una de nuestras huéspedes —añadió él con suavidad.

Como si un relámpago iluminara un rincón olvidado de su memoria, recordó.

Recordó cómo había llegado.

Recordó su adicción: no al dolor, no a las drogas, no a los excesos...

Era adicta a la vida. A sentirlo todo. A querer salvar a todos.

Y por eso, ella misma, con todo su coraje, había pedido ayuda.

—Aquí nadie está encerrado —continuó el hombre—. Las puertas siempre están abiertas. Pero

muchos eligen quedarse, porque aquí se sienten en paz. Aquí nadie juzga. Nadie pregunta por qué viniste. Solo te ofrecen una silla en el jardín... y tiempo para volver a respirar.

—¿Y Arti?

—Arti es un conejo. Un conejo de verdad.

Y ha sido tu amigo por muchos años.

Aquí no importa si eres humano, conejo, flor, recuerdo o canción. Todos cabemos. No importa si trabajas en tal o cual banco, todos son bienvenidos.

Él, por ejemplo, es adicto a las hojas de trébol. Y nadie le dice nada. Ni siquiera los tréboles.

Anastasia —o Aryna, o Doris, o quien fuera en ese momento— dejó que una sonrisa le temblara en los labios.

—¿Así son las cosas?

—Así son las cosas —le respondieron, con la ternura de quien ha aprendido a vivir sin necesidad de entenderlo todo.

-¿Te gustan las flores Anastasia?

- Pues en general me gustan todas las flores: las rosas, los girasoles, las gerberas, las astromelias, los claveles, los alcatraces, los nardos, las gladiolos, las nubes, las orquídeas, etc.

Las aves del paraíso, las margaritas, las violetas, los tulipanes, los crisantemos, las dalias, los mirasoles...
Hay unas que no sé cómo se llaman.
Desde niña me han gustado las flores y las plantas.
Hay flores muy pequeñitas y muy bonitas.
Flores en plantas con espinas.
Flores que solo abren de día.
Las que siguen al sol.
Las de aromas perfumados ... y otras que huelen mal
Flores comestibles 😊
Flores en enredaderas
Flores de los árboles...

Me puedes regalar unas flores para una maceta.
Por ejemplo unas violetas

También me gustan las flores silvestres, ya alguna vez traté de “domesticarlas”, pero no pude ... ellas son felices en el campo. Así que solo las contemplo ...

.. Y así se sumergió una vez más en sus recuerdos, para quizá resurgir algún día.



Desde algún rincón del jardín, se escuchaba una vieja canción de antaño.

Arti Conejo, “El conejo” se acercó con pasos suaves.

Se restregó en Anastasia, en la flor del jardín.

— Me alegro de verte. - dijo Anastasia. Y acarició sus orejas. Tenía muchas ganas de hablar contigo. No recuerdo cuando fue la última vez.

—Lo sé. — Respondió el conejo, dejándose acariciar. — Mañana es mi cumpleaños. — Le dijo. Quisiera pedirte un favor.

— Desde luego Arti. Amigo. Pídeme lo que sea. Haré todo lo posible por complacerte.

—Quiero que me dejes ir.

—Quiero volver a empezar.

Y era una forma simple de rebelarse, también él deseaba comenzar un nuevo camino. De cambiar su destino.

—Déjame ir. —Repitió.

—Ve.— Dijo Yolanda

—Ve.— Repitió. —Seguro mañana ya no te recordaré .







9 798308 587613



Hasta los bichos pueden soñar...